NICOLE MALINCONI

Se llama usted Michelle Martin

Se llama usted Michelle Martin

COLECCIÓN

LITERA**DURA**

Nicole Malinconi

Se llama usted Michelle Martin

Traducción de Isabel Lacruz

Primera edición: septiembre de 2016

Título original: *Vous vous appelez Michelle Martin* (2008)

Esta obra ha sido negociada a través de AMV Agencia Literaria
www.amvagencialiteraria.com

© Éditions Denoël, 2008, 2016

© Nicole Malinconi, 2008, 2016

© de la traducción: Isabel Lacruz, 2016
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2016
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-945526-8-7
Dep. Legal: M-28682-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Neige et verglas,* © JML

Producción gráfica: Orymu Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Se llama usted Michelle Martin

...No existe ambigüedad alguna, no hemos dejado de ser humanos y acabaremos como seres humanos.

Robert Antelme

La especie humana (L' espèce humaine)

Recapitulación de los hechos ocurridos

El 24 de junio de 1995, Julie Lejeune y Mélissa Russo, dos niñas de ocho años residentes en Grâce-Hollogne, Bélgica, no regresan a casa después de su paseo por la zona del puente de la autopista, muy cerca de su barrio. A pesar de las búsquedas inmediatas, no se encuentra rastro alguno de las niñas, ni testimonio de su desaparición.

La noche del 23 de agosto de 1995, en Ostende desaparecen An Marchal y Eefje Lambrecks, dos muchachas de diecisiete y diecinueve años, después de que asistieran a una velada con espectáculo en el casino de Blankenberghe. De ellas tampoco ningún rastro.

Durante los meses siguientes, se pegan carteles con las fotos de las desaparecidas en los lugares públicos de todo el país. Sin resultado.

El 9 de mayo de 1996, Sabine Dardenne, de doce años de edad, circula en bicicleta en dirección a su escuela, cerca

de Tournai. No regresa a casa. La búsqueda y las pesquisas resultan infructuosas.

El 9 de agosto de 1996, Laetitia Delhez, de catorce años, sale de la piscina municipal, en Bertrix; se le acercan dos hombres y es llevada a la fuerza e introducida en una camioneta blanca. Un joven presencia la escena y localiza la camioneta.

El 13 de agosto de 1996, Marc Dutroux y su esposa Michelle Martin, sospechosos de ser los responsables de estas desapariciones, son detenidos en Sars-la-Buissière, en la casa de Michelle Martin.

El 15 de agosto, durante un interrogatorio, Marc Dutroux declara ante los policías que puede «entregarles a dos niñas», y revela la existencia de un escondite, dispuesto en el sótano de una de sus casas, en Marcinelle, en la que la policía y los investigadores descubren y de donde liberan a Sabine Dardenne y Laetitia Delhez, en vida, en profundo estado de s*hock.*

El 17 de agosto, unos registros en el jardín de la casa de Marc Dutroux y de Michelle Martin, en Sars-la-Buissière, sacan a la luz los cuerpos de Julie y Mélissa, así como el de Bernard Weinstein, cómplice de Marc Dutroux. Se comprobará que las dos niñas murieron de hambre.

El 3 de septiembre, tras otras batidas, se encuentran los cuerpos de An y Eefje, en un hangar, en Jumet. Se sabrá que fueron violadas, drogadas y enterradas vivas.

Marc Dutroux es acusado de rapto, secuestro, violación y asesinato. Se descubre que otros raptos y violaciones fueron cometidos por él, con anterioridad. Confiesa parcialmente algunos de sus crímenes. Michelle Martin es acusada de haber participado, junto con él, en las violaciones y los secuestros. Reconocerá todos los hechos.

Toda la población belga se halla conmocionada, en estado de *shock*. La prensa internacional habla, a partir de ese momento, del «Asunto Dutroux».

El 20 de octubre, en Bruselas, la «Marcha blanca», organizada con suma dignidad por los padres de las jóvenes desaparecidas, reúne a 300 000 personas; se trata, según todas las fuentes, de la mayor manifestación tras la Segunda Guerra Mundial en el país.

Del 3 de marzo al 17 de junio de 2004 se celebra en la *Cour d'assises*[1] de Arlon, el juicio de Marc Dutroux, Michelle Martin y sus cómplices.

Marc Dutroux es condenado a la pena de reclusión a perpetuidad.[2]

Michelle Martin es condenada a treinta años de prisión.

---

1. Audiencia de lo penal. *(Todas las notas, salvo indicación contraria, son de la traductora.)*

2. Hemos dejado la expresión jurídica belga, que equivale a una «cadena perpetua», o actualmente en España, la «pena de prisión permanente revisable».

Se llama usted Michelle Martin. Se halla detenida en la cárcel de Namur, Bélgica, desde 1996. Está condenada a una pena de treinta años de reclusión criminal. Ese año, los diarios y las televisiones de Europa y posiblemente de fuera del continente ligaron de manera indisociable su nombre al de Marc Dutroux, entonces su marido, detenido en el mismo momento en Sars-la-Buissière, Bélgica, tras haber raptado y violado a Yancka Mackova, una chica eslovaca; raptado, secuestrado en un sótano y violado a dos niñas de ocho años, Julie Lejeune y Mélissa Russo, que murieron de hambre tras varios meses de reclusión en el sótano; igual que An Marchal y Eefje Lambrecks, de diecisiete y diecinueve años de edad, a las que él drogó y finalmente enterró vivas; luego raptó, secuestró en el mismo sótano y violó a Sabine Dardenne y a

Laetitia Delhez, dos muchachas de doce años, las únicas que lograron escapar con vida, junto con Yancka.

En 2004, el jurado popular de lo penal consideró que era usted culpable por haber, junto con Marc Dutroux, cooperado en la violación de la joven eslovaca: por haber, junto con él, secuestrado a Sabine y Laetitia, An y Eefje, Julie y Mélissa, y, respecto de estas dos últimas, con «circunstancias agravantes con resultado de muerte», es decir que sin la presencia de Marc Dutroux, que se hallaba entonces en la cárcel, bajó usted una única vez al sótano para depositar dos bolsas de comida, y luego, durante casi tres meses, no volvió a bajar, y dejó que murieran de hambre.

Así fue como salió usted del anonimato. Era la mujer de Marc Dutroux. Se decía que usted era como él, un monstruo. En los desplazamientos a los interrogatorios o para la reconstitución de los hechos, las cámaras de televisión estaban apostadas en el nimio espacio entre el furgón policial del que la hacían salir y la puerta de entrada al Palacio de Justicia. Enfocando su imagen. Se veía su frágil silueta, un tanto encorvada como para apresurarse en el recorrido, aligerando el paso frente a los gendarmes; se distinguía su chaleco antibalas, su cabello rubio recogido de cualquier manera. Durante aquellos escasos segundos, se podía se-

guir con la mirada a un personaje sin relieve. Es sabido que era usted madre de tres hijos, los dos últimos aún muy pequeños; que había cursado estudios de maestra. Nada en usted parecía monstruoso. El horror era que había perpetrado aquella monstruosidad. Todo el mundo se preguntaba: ¿Cómo es posible?

Las palabras de este libro primero las pronunciamos usted y yo durante las conversaciones que mantuvimos. Había usted recurrido a mi persona con la idea, aún vaga, de escribir. Me acerqué a usted sin saber en qué pararía nuestro encuentro, limitándome a pensar que la única razón para escribir, en lo que a mí se refería, radicaría en sus palabras, que decían el horror que había usted permitido que sucediera, que intentaban decir cómo fue posible que aquello ocurriera. Hablamos con confianza. Tras el primer encuentro, vinieron otros, todos los meses, durante más de un año.

Estas palabras a las que me refiero, en un primer momento, se negó usted a decirlas, luego accedió, volvió a negarse; terminó, sin embargo, por decirlas. Habría querido no tener que volver a decirlas, una vez ya dichas; todavía hoy querría que, habiéndolas dicho una sola vez, se borrasen de su vida, pero ello equivaldría a reducirlas a una mera constatación.

Así se fraguaron nuestros encuentros, en una especie de búsqueda de las palabras; algunas veces, un combate. En el

fondo fue como un paso previo a un libro propiamente dicho. Yo solo he escrito la búsqueda y el combate de las palabras. Para escribir el otro libro, habría sido necesario que, en las palabras de usted, aflorase no solo la constatación, sino también el arrepentimiento. Así es, y ahora el texto está escrito. Este narra, no obstante, algo distinto a una constatación, ya que, desde nuestro primer encuentro y a medida que fui escribiendo, no permanecí indemne. Era como aproximarse a un punto, a una cosa aterradora y, a pesar de todo, común y corriente: el punto en el que se comete un acto y no se ve lo que se está cometiendo; el punto en que no se sabe lo que, sin embargo, sí se sabe; el punto en que no se quiere saberlo hasta cegarse incluso frente a la misma muerte, algunas veces. A poco que uno reflexione, es el punto común a todo el género humano. Al que usted pertenece. Esto es lo que se me fue revelando mientras escribía, la posibilidad (el riesgo) del horror común.

Hoy, en mayo de 2007, desaprueba usted este texto, considera que podría perjudicarla, me pide que no lo publique. Se esperaba, dice, algo no subjetivo.

Tal vez, a lo largo de todos estos meses, ha hablado usted con la esperanza de que se diera una especie de alegato, un entendimiento absoluto entre usted y yo, sin condiciones; y esta esperanza fue quizá creciendo a la par que la confianza

recíproca de nuestras palabras. Quién sabe si ha confundido la confianza recíproca de nuestras palabras con la connivencia, con el hecho de hablar ambas con una sola voz, con el hecho de expresar un mismo parecer. Usted preferiría conservar solo la connivencia, como si hubiese olvidado que no estuvimos hablando con una sola voz.

¿Publicar el texto supondría, por tanto, traicionar su confianza? Renunciar a ello sería, en cambio, ahogar la pregunta que ha habitado en nuestros encuentros, ese punto preciso que se me aparece como una verdad, más allá de usted, finalmente. Otra traición.

¿Podría ser, no obstante, que el hecho de traicionar su confianza se revele, dadas las circunstancias, la única manera, en definitiva, de no traicionarla a usted?